

*Conservadores y subversivos* es una obra que va más allá de los fines explicitados en las primeras páginas por su autor: no es sólo un estudio exhaustivo de la «derecha autoritaria alfonsina» y de su acción política (la historia de un fracaso), es también una inteligente descripción de sus vínculos con el resto de la derecha española, una comparación con la «Nueva Derecha» europea así como un notable y novedoso intento de relacionar doctrina y acción política. Quizá la propia disposición de Gil Pecharromán a superar los límites de la historia política convencional, crea en el lector expectativas que no siempre hallan pleno cumplimiento en las páginas de su libro. Sobre todo la parte destinada al análisis del pensamiento político, es muy superior a lo que se suele encontrar en una historia política, pero no acaba de ser satisfactoria (ni tampoco creo que tal fuera su propósito) desde el punto del especialista en historia de las ideas; en este terreno es más bien una puerta sugestivamente abierta. Para los historiadores de las ideas, como para los historiadores de la política, el libro de Gil Pecharromán, nutrido por otra parte de una interesantísima bibliografía, constituye desde ahora un nuevo imprescindible punto de partida.

Juan Olabarria Agra

DE BLAS GUERRERO, Andrés, *Nacionalismos y naciones en Europa*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, 202 pp.

Los científicos sociales, predispuestos a incidir sobre aquellos asuntos especialmente relevantes o significativos para las gentes de la época, suelen concentrar preferentemente sus investigaciones sobre un número relativamente reducido de temas. No es necesario siquiera repasar los índices de las revistas especializadas —tenemos un ejemplo en este mismo número de *Historia contemporánea*—, basta hojear la prensa cada día, para percibir que entre estos asuntos de particular actualidad (y utilizamos aquí esta expresión en su acepción menos banal) se encuentra incuestionablemente el problema de los nacionalismos. A la vista de la virulencia de algunos episodios que —en España, en Europa y en el mundo— tienen de un modo u otro al nacionalismo como uno de sus ingredientes esenciales se explica que este tema goce de una acusada predilección en nuestros medios académicos. No se trata en este caso de una moda española, ni siquiera europea: Alvarez Junco observaba recientemente que en la historiografía y las ciencias sociales producidas en Estados Unidos durante los últimos años constituye asimismo un motivo central (*Ayer*, n.º 14, 1994).

Y ello no sólo por razones de oportunidad o coyuntura política; hay también motivaciones rigurosamente académicas. Al fin y al cabo se trata de una cuestión de gran calado y amplitud cuyas numerosas facetas, modalidades y dimensiones permiten acercarse al tema desde una multiplicidad de disciplinas

y vías metodológicas, incluyendo en especial las estrategias de tipo comparativo. No es el menor de los méritos del libro que reseñamos haber logrado sistematizar en un corto número de páginas las principales aproximaciones teóricas —sociología histórica, historia de las ideologías— e interpretaciones —historia de los movimientos sociales y políticos, teorías de la modernización, enfoques propiamente políticos— desde las que se ha abordado recientemente el nacionalismo (trabajo de puesta al día bibliográfica que A. de Blas había efectuado ya en parte en su brillante contribución a la *Historia de la teoría política* dirigida por Fernando Vallespín: vol. 3, Madrid, Alianza, 1991). Esta labor de síntesis, de indudable valor didáctico, ofrece en conjunto un convincente panorama del *status quaestionis*, incluyendo una rápida pero eficaz referencia a las aportaciones fundamentales de autores como B. Anderson, E. Gellner, M. Hroch, J. Breuilly, E. Kedourie o I. Berlin (aunque, como reconoce el propio autor, se eche en falta una noticia más detenida de algunos nombres tan importantes como Deutsch, Hobsbawm, Alter o Smith, por no referimos a otros investigadores y teóricos emergentes en un panorama que no cesa de producir novedades, sobre todo en el mundo editorial y universitario anglosajón). La enorme dificultad de dar una interpretación global y omnicompreensiva de las diversas manifestaciones del nacionalismo no impide que, a partir de un razonable volumen de monografías, estudios comparativos y visiones de conjunto, el autor, haciendo gala de una ambición teórica que no abunda en nuestro entorno universitario, intente ofrecer, como escribe con cautela en el prólogo, «algo que se asemeja a una teoría general del nacionalismo y de sus efectos en la vida contemporánea de Europa». Después de darle muchas vueltas el profesor De Blas, sin duda uno de los máximos expertos españoles en la materia, sigue considerando —a mi modo de ver con buen criterio— que, como ya sostuvo hace más de una década en su *Nacionalismo e ideologías políticas contemporáneas* (sobre los pasos de precedentes tan ilustres como, entre otros, H. Kohn y K. Meinecke), la distinción esencial que cabe establecer entre las múltiples variedades de nacionalismos puede en último análisis reducirse a una dicotomía de tipos ideales; a saber, la que se polariza en torno a dos modelos básicos de la idea de nación: nación política y nación cultural.

Por lo que concierne más particularmente a nuestra área de conocimiento quisiéramos destacar que, pese a que el cultivo de la historia de las ideas no es infrecuente entre un puñado de «científicos políticos» de nuestro país (el manual de Vallespín que hemos mencionado más arriba es buena prueba de ello), lo es mucho más encontrar una sensibilidad tan atenta hacia el enfoque histórico —un vistazo a la bibliografía es suficiente para comprobarlo— en alguien que no es de profesión historiador. Desde ese punto de vista el libro que comentamos viene una vez más a confirmar, en este caso desde la óptica de la ciencia política, que la confluencia de los esfuerzos de historiadores, juristas, sociólogos y politólogos es imprescindible para la captación cabal de un fenómeno de la magnitud y complejidad del nacionalismo.

Fuera del primer capítulo teórico, la obra está estructurada según una pauta histórico-ideológica. El autor va examinando sucesivamente el encuentro de la ideología nacionalista con el liberalismo en el siglo XIX (cap. 2; incluye referencias específicas a las posiciones de J. Stuart Mill, lord Acton y E. Renan) y, más tarde, con las diversas corrientes socialistas, comunistas e izquierdistas (cap. 3), para a continuación (cap. 4) analizar la incidencia de algunos de los factores culturales más invocados por los nacionalistas (lengua, religión y raza), planteando interesantes reflexiones sobre la interacción entre la política y los factores lingüísticos o religiosos, así como acerca de las muchas posibilidades que el mito racial ofrece a los propagandistas del nacionalismo.

En el capítulo quinto se revisan las distintas respuestas políticas que históricamente se han venido dando a las demandas nacionalistas, desde el llamado «principio de las nacionalidades» a la autodeterminación, pasando por las diversas fórmulas de descentralización y federalismo. El apartado sobre la autodeterminación revela la complejidad, e incluso la opacidad —que raya a veces en la tautología—, de un concepto con una falsa apariencia de sencillez, invocado con demasiada frecuencia como si se tratase de una noción transparente, cuando no como una panacea. Ahora bien, las dificultades teóricas y prácticas comienzan en cuanto uno se aproxima a examinar la cuestión de cerca; si ya como principio abstracto presenta una problemática dualidad (autodeterminación interna y a. externa), es en su faceta de supuesto «derecho» omnímodo de todo «pueblo» (y no únicamente de aquellos países sometidos al colonialismo) cuando, obligados a descender al nivel concreto de su articulación jurídico-política, comenzamos por toparnos con el problema de *determinar*, valga la paradoja, el sujeto de tal derecho —el «auto» que debe *determinarse* a sí mismo—, para enfrentarnos inmediatamente a la realidad menos amable que a menudo se esconde tras la autodeterminación; nos referimos naturalmente a la secesión, dramática modalidad colectiva de divorcio histórico-político que, amén de chocar frontalmente con el principio de integridad territorial de los Estados, y descontados los sufrimientos humanos y costes de todo orden que normalmente su ejercicio conlleva, cuando se ha realizado ha dado pie casi invariablemente a conflictos cruentos. Por lo demás las tesis que los adalides del nacionalismo anti-estatal, ordinariamente tan celosos de su irreductible singularidad, quieren hacer valer *para su caso concreto* no siempre resisten bien la prueba kantiana de intentar dar a la máxima que se desprende de su acción una proyección universal (ni tampoco la weberiana lógica de la responsabilidad y la prudencia política). Nada nos impide imaginar, como se sugiere en el libro, el escenario resultante de una generalización de las pretensiones autodeterministas: ¿Estaríamos dispuestos a arrostrar las consecuencias —tan previsibles como escalofriantes— de extender el ejercicio incondicional de ese «desafortunado invento» del derecho internacional (Dahrendorf *dixit*) a todos los etnogrupos y «nacionalidades culturales» del globo (perspectiva comparable, por otra parte, a la de una hipotética y nada halagüeña reestructuración

compulsiva de todas las fronteras internacionales según el lema «una lengua, un Estado»)?

Parecida actitud agitadora de las quietas aguas de muchas *idées reçues* mantiene el autor respecto de otras cuestiones; por ejemplo el prejuicio que tiende a identificar automática y falazmente —al contrario de lo que se observa en muchos casos, desde la práctica histórica francesa a la política norteamericana contemporánea— progresismo con descentralización a ultranza, y conservadurismo con centralización. También merece destacarse la relativización que de sus análisis se deduce respecto de la tan cacareada crisis del Estado nacional. El autor, permanente estudioso de la compleja «experiencia nacional pasada y presente de nuestro país», se detiene un momento en el federalismo como modelo de organización y distribución territorial del poder —que, de modo similar a lo que ocurre con la autodeterminación, en España es invocado a veces como un bálsamo curalotodo, supuesta solución definitiva de todas las dolencias de nuestra cohabitación interterritorial. Opina el profesor De Blas Guerrero, por el contrario, que el federalismo no resuelve *per se* las tensiones de signo disgregador (como las que periódicamente plantean en la vida política española los nacionalismos periféricos), y se manifiesta a favor de soluciones moderadas, que aprovechen e integren la pluralidad de instancias de poder de nuestro ordenamiento político: Unión Europea, Estado autonómico, autogobierno de las comunidades, poder municipal. Por seguir con algunas orientaciones prescriptivas que dimanen de su labor teórica, destacaríamos su decidida apuesta por un sistema de lealtades compartidas, la conveniencia de ir asentando una práctica cooperativa entre los poderes de distinto radio (europeos, nacionales, regionales, locales) y la indispensable necesidad de un mínimo de identificación ciudadana o conciencia comunitaria correspondiente a todos y cada uno de esos ámbitos (subestatales, estatales y supraestatales).

Concluido el análisis retrospectivo de los fenómenos e ideologías nacionalistas y la revisión de los diversos expedientes organizativos e institucionales ensayados para su tratamiento, la obra se cierra con algunas reflexiones prospectivas sobre el futuro de los nacionalismos en Europa. En esta última parte el autor discute las tesis habituales acerca de la crisis del Estado en el mundo actual, indicando que se trata esencialmente de un fenómeno occidental. Se subrayan asimismo los efectos positivos y pacificadores que el artefacto estatal ha tenido y debería seguir teniendo para conjurar tantos peligros de disgregación y de guerra civil como desgraciadamente vemos materializarse en nuestros días. En la esfera internacional se plantea el apremio de avanzar hacia formas de integración global o regional —en nuestro caso a escala comunitaria europea—, combinando este proceso con un reparto vertical interno del poder estatal; un doble reto que debe afrontarse preservando en todo caso la lógica liberal-democrática y sin abandonar un cierto grado de imprescindible lealtad a la nación política.